

Aristóteles

Sobre el alma

Introducción, traducción y notas
de Antonio Guzmán Guerra



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *De Anima*

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

© de la traducción, introducción y notas: Antonio Guzmán Guerra, 2023

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-370-4

Depósito legal: M. 17.001-2023

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Introducción
- 33 Bibliografía
- 35 Glosario básico
- Sobre el alma
- 41 Libro I
- 79 Libro II
- 129 Libro III

A Inés, *nepti carissimæ*
D. D. D.

Introducción

Aristóteles consagra este breve tratado, en griego titulado Περὶ ψυχῆς, al estudio del alma, término muy polisémico desde los primeros testimonios homéricos en que aparece citada dicha palabra, y a cuáles pueden ser su naturaleza, su esencia, sus funciones propias y su relación con el cuerpo que le da acogida. En los poemas épicos de Homero la *psyche* es una especie de aliento animado que escapa del cuerpo en el momento de la muerte, justo cuando va a emprender su viaje de destino final al reino de Hades, donde se alojará definitivamente participando de una existencia sombría y evanescente. Pero también antes de llegar a la época de Aristóteles (quien curiosamente utiliza la misma palabra, ψυχή, para designar un tipo de mariposa y hasta de una polilla) otros pensadores y filósofos (entre ellos casi todos los llamados presocráticos) y el propio Platón se habían interesado insistentemente por la naturaleza del alma y su vincula-

ción con el otro elemento, el cuerpo, al que inexorablemente parece ir unido, para conjuntamente configurar una dualidad de forma y materia (la teoría luego llamada hilemórfica)¹. Pero frente a las opiniones de muchos de sus predecesores, partidarios de enfocar sus investigaciones sobre el alma exclusivamente en el caso del alma humana, Aristóteles piensa que su estudio debe ampliarse al alma de todos los seres animados, si es que de verdad queremos conocer qué sea el alma humana.

Por nuestra parte, nos interesa hacer una precisión, y dejar constancia de que la presente traducción está hecha por un helenista, medianamente avezado en la traducción de autores del mundo clásico, pero que no es filósofo ni profesor de filosofía. Es probable, pues, que resulte necesario admitir y dejar sentado de entrada tal singularidad, en tanto que el carácter con que se han redactado las breves notas al texto y su comentario tendrán un sabor más filológico que filosófico. En cambio, y precisamente por ello, confiamos en que la traducción pueda reflejar sin demasiadas desviaciones el texto griego original según se nos ha conservado en las principales ediciones modernas. Nos queremos hacer la ilusión de que así el «lector culto general» (esa fabulosa criatura de cuya existencia algunos incluso llegamos a dudar) podrá disponer del texto castellano del tratado *Sobre el alma* de Aristóteles sin el a veces pesado bagaje interpre-

1. Muy destacadamente, Heráclito en sus fragmentos Diels-Kranz 22B36, B45, B77, B107, B115, B117 y B118, y Platón en varias de sus obras: *Apología* 29d-30b, *República* 353d, *Crátilo* 400a y *Leyes* 959a. Cf. la Introducción a la edición comentada de Ronald Polansky, *Aristotle's De Anima*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007.

tativo que, a lo largo de muchos siglos, se ha ido acumulando sobre cualquier obra del Estagirita. Nuestro propósito, dicho en pocas palabras, es presentar en la medida de lo posible un texto castellano terso y claro, e invitar al lector a que se acerque directamente al pensamiento de Aristóteles, dejando para los filósofos profesionales la oportunidad de acudir a las ediciones comentadas, trabajos y artículos en los que se debaten, interpretan, revisan y aclaran aspectos no siempre del propio Aristóteles sino de sus propios comentaristas a lo largo de los siglos.

No empece ello, lógicamente, que al preparar nuestra traducción hayamos consultado con provecho media docena de buenos comentarios de la obra, así como cierta literatura secundaria de la que se da cuenta en la correspondiente nota bibliográfica y en algunas referencias a pie de página. Somos conscientes, naturalmente, de que Aristóteles es un autor difícil y que los múltiples temas que aborda en su inmensa producción son temas complicados y arduos, que precisan de interpretación y comentario, pero entendemos que esta es labor propia de quien ya está familiarizado con una primera lectura directa de su obra. De modo que hemos optado por presentar el texto casi desnudo, invitando así a que quien lo lea pueda descubrir primero –siquiera tentativamente al menos– qué es lo que Aristóteles dijo y no lo que dicen A o B o C que dijo Aristóteles. A veces son tan dispares las voces de estos últimos que incluso algunos elogian sin reserva el valor de la obra del fundador del Liceo, mientras que el vituperio predomina con mucho en la apreciación de sus ideas y doctrinas por parte de otros. Leamos, pues, primero al autor, con sus incoherencias internas,

con sus contradicciones, con sus posibles errores incluso, porque si somos nosotros mismos quienes los detectamos y nos topamos con ellos, también aprenderemos de las enseñanzas del gran filósofo, pues quien se siente atraído mínimamente por la filosofía sabrá sacar provecho de la lectura de una obra como ésta, y tal vez incluso podrá dilucidar por sí mismo algunas de las cuestiones que en ella se plantean.

Pero, una vez confesado el cariz que va a predominar en esta traducción, también es preciso dejar constancia de que abundan en el texto ideas y reflexiones sumamente atractivas y seminales que son, precisamente, las que justifican su lectura. A algunas de ellas me referiré un poco más adelante, aun sin entrar –como digo– en problemas de hermenéutica. Hecha, pues, esta escrupulosa declaración de principios, convendrá ahora –sin caer yo mismo en contradicción– adelantar algo sobre nuestro autor y el tratado titulado *Sobre el alma*.

Para la biografía de Aristóteles, como para la de muchos otros filósofos griegos, contamos con varias fuentes de información, entre las que destaca la obra *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres* de Diógenes Laercio (libro V)², así como otros testimonios literarios (incluido un posible «Testamento» del propio Aristóteles y citas indirectas) e iconográficos; todos ellos de valor relativo. Su ciudad natal fue Estagira (384 a. C.), una ciudad de la Calcídica en la zona nororiental de Grecia, patria del «Estagirita», de donde era también su padre, Nicómaco,

2. Cómodamente puede consultarse la edición de Carlos García Gual en esta misma editorial.

médico del padre de Filipo II de Macedonia. Su madre era de Calcis, en la isla de Eubea. Por Laercio sabemos que a los 12 años mueren sus padres y que Aristóteles no es un niño prodigio ni un superdotado, aunque sí muy estudioso. El 367, con 17 años, marcha a Atenas, donde permanece 20 largos años en la Academia de Platón. De hecho, su maestro pensaba que sólo a partir de los 50 años se puede ser filósofo, y como luego afirmaría Schopenhauer «nunca antes, y nunca siempre».

Aristóteles nunca fue ciudadano ateniense de pleno derecho, circunstancia que hubo de influir decisivamente en varios momentos de su vida: a veces como simple anécdota entre sus compañeros de clase, a quienes extrañaba el leve acento regional macedónico de Aristóteles: «¿No serás tú del Norte por casualidad?»; y en otras ocasiones a propósito de situaciones políticas complejas, como cuando en el 347 hubo de salir de Atenas, donde el partido antimacedónico de Demóstenes cobraba gran impulso. Un nuevo viaje le llevó a la isla de Lesbos, donde conoció a Teofrasto, uno de sus mejores discípulos y posteriormente su heredero intelectual; por entonces en un barco le llega una carta de su viejo amigo el rey Filipo: «Ven a Pella, que mi hijo, Alejandro, necesita un maestro» (Aristóteles cuenta 42 años, y el joven Alejandro sólo 14). Cuando Alejandro accede al trono, el 335, Aristóteles regresa a Atenas y funda el Liceo, la escuela peripatética. Es mucho lo que se ha discutido y escrito acerca de las relaciones entre Aristóteles y el joven Alejandro Magno ya que ambas personalidades atrajeron y excitaban de inmediato la imaginación romántica y novelesca, aunque haya no poco de leyenda en tales relatos. Cuan-

do al cabo de su estancia de 12 años en Atenas, muere Alejandro en Babilonia de regreso de su expedición hasta la India (323 a. C.) Aristóteles abandona la ciudad para que, según Eliano (*Varia Historia* III 36) «los atenienses no fueran a cometer un segundo crimen contra la filosofía». Ese mismo año vuelve a Atenas Demóstenes (representante del partido antimacedónico), con lo que de nuevo retornan los malos tiempos para Aristóteles, quien ya con 60 años debe abandonar nuevamente Atenas y buscar refugio en casa de su madre, en Calcis. Curioso, contumaz y gran indagador de la naturaleza, allí tiene ocasión de observar las corrientes del canal del Euripo, donde se producen hasta 14 mareas algunos días, fenómeno para muchos verdaderamente inexplicable.

Aristóteles poseyó una de las primeras bibliotecas de la Antigüedad, con manuscritos, mapas, y una enorme colección de animales, plantas y minerales de todo el mundo conocido, y él mismo fue autor muy prolífico, al que ya en el catálogo que nos transmite Diógenes Laercio se le atribuyen unos 150 títulos que equivaldrían aproximadamente a unas 6000 páginas de una edición moderna estándar. Podemos parar un momento y recapacitar: con ser muchas, ¿qué son estas 6000 páginas de creación comparadas con los infinitos e incontables –no digo páginas sino tomos de mucho lomo y no poco peso– que los comentaristas de la obra de Aristóteles han producido a lo largo de los años? No obstante, dicho catálogo de Laercio no es muy riguroso, y de hecho en él no aparecen algunos de los títulos más célebres de las obras que han llegado hasta nosotros; contiene algunos tratados que sin duda no fueron escritos por él y, en cambio

otras veces se nos citan algunos textos duplicados (el mismo bajo dos títulos diferentes). Un verdadero galimatías en el que los filólogos han intentado poner orden y concierto, si bien no a gusto y satisfacción general. Aunque el listado completo de sus obras que ofrece Diógenes Laercio puede tener un cierto valor testimonial, creemos preferible recoger aquí los títulos que el gran editor de Aristóteles, Emmanuel Bekker, recopiló en su magna edición. Los números que acompañan a cada tratado hacen referencia a la paginación de Bekker, numeración que es la que se sigue usando casi universalmente a la hora de citar a Aristóteles. Van marcados con asterisco los tratados que hoy se consideran espurios.

<i>Categorías</i>	pp. 1-15
<i>De Interpretatione</i>	16-24
<i>Analíticos primeros</i>	24-70
<i>Analíticos segundos</i>	71-100
<i>Tópicos</i>	100-164
<i>Refutaciones sofísticas</i>	164-184
<i>Física</i>	184-267
<i>Sobre el cielo</i>	268-313
<i>Sobre la generación y la corrupción</i>	314-338
<i>Meteorológicos</i>	338-390
<i>*Sobre el universo</i>	391-401
<i>Sobre el alma</i>	402-435
<i>Sobre el sentido y lo sensible</i>	436-449
<i>Sobre la memoria</i>	449-453
<i>Sobre el sueño</i>	453-458
<i>Sobre los sueños</i>	458-462
<i>Sobre la adivinación durante el sueño</i>	462-464

<i>Sobre la prolijidad y la brevedad de la vida</i>	464-467
<i>Sobre la juventud, la vejez, la vida y la muerte</i>	467-470
<i>Sobre la respiración</i>	470-480
<i>Historia de los animales</i>	486-638
<i>Partes de los animales</i>	697-704
<i>Progreso de los animales</i>	704-714
<i>Generación de los animales</i>	715-789
* <i>Sobre los colores</i>	791-799
* <i>Sobre las cosas que se oyen</i>	800-804
* <i>Fisiognómica</i>	805-814
* <i>Sobre las plantas</i>	815-830
* <i>Sobre cosas maravillosas</i>	830-847
* <i>Mecánica</i>	847-858
* <i>Problemas</i>	859-967
* <i>Sobre las líneas indivisibles</i>	968-972
* <i>Sobre los vientos y sus nombres</i>	973
* <i>Sobre Meliso, Jenófanes y Gorgias</i>	974-980
<i>Metafísica</i>	980-1093
<i>Ética a Nicómaco</i>	1094-1181
* <i>Gran Moral</i>	1181-1213
<i>Ética a Eudemo</i>	1214-1249
* <i>Sobre virtudes y vicios</i>	1249-1251
<i>Política</i>	1252-1342
* <i>Económico</i>	1343-1353
<i>Retórica</i>	1354-1420
* <i>Retórica a Alejandro</i>	1420-1447
<i>Poética</i>	1447-1462

Enunciados los títulos que recoge la edición de Bekker, es posible intentar ciertas reagrupaciones temáticas. Por ejemplo: a) obras de juventud (algunas bajo forma de diálogo al estilo de su maestro, Platón; a este grupo pertenecería precisamente el breve tratado que ahora traducimos: *De anima*); b) obras pertenecientes al ámbito de la lógica; c) de contenido ético; d) obras sobre filosofía de la ciencia; e) obras relativas a política, retórica y poética; f) dedicadas a diversas ciencias, etc.

¿Quién y cómo pudo formarse dicha variedad de obras y cómo pudieron llegar a constituir una auténtica biblioteca del saber de su época? Jonathan Barnes³ se hace eco de una noticia, ya conocida en la Antigüedad, según la cual Teofrasto, a la muerte de Aristóteles, heredó su biblioteca, que a su vez luego pasó a un sobrino de Teofrasto, un tal Neleo, quien la depositó y mantuvo oculta en una cueva no en las mejores condiciones de mantenimiento, en la ciudad de Escepsis, en Asia Menor. Pasado algún tiempo, alguien descubrió o tuvo acceso a la biblioteca de la cueva y trasladó los manuscritos primero a Atenas y posteriormente a Roma⁴. Fue en esta última ciudad donde finalmente el filósofo peripatético Andrónico se preocupó de preparar lo que hoy llamaríamos una edición. Deberíamos, pues, al empeño de Andrónico el haber conservado la mayor parte de las obras de Aris-

3. Editor y autor del excelente volumen *The Cambridge Companion to Aristotle*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, quien en sus páginas 6-14 propone esta misma explicación.

4. En la *Vida de Sila* (26) de Plutarco se nos dice que en el 85 a. C., estando el general en Atenas, «compró» unos manuscritos de Aristóteles para llevárselos a Roma.

tóteles. De hecho, la edición moderna que ha servido durante décadas de referencia canónica de las obras de nuestro autor fue la del filólogo Bekker⁵, que en lo esencial deriva de la antigua colección y edición de Andrónico.

No pocas fueron las peripecias que vivió la transmisión de las obras de Aristóteles hasta conocer su primera edición moderna. Y quizá el hecho más relevante al respecto fue uno que tiene que ver con la propia calidad literaria y el estilo de las obras. Pero antes de proseguir, recogeremos una curiosa anécdota entre otras muchas que se nos han hecho llegar, de rigor y credibilidad probablemente desigual, a propósito de la transmisión de las obras de Aristóteles. Una de ellas nos cuenta que en tiempos del Califa Omar I (642) los árabes conquistaron Alejandría y acto seguido Omar ordenó que se quemaran y destruyeran todos los libros de la Biblioteca, ya que «Si su contenido coincide con el Corán, todos sus libros son superfluos, y si no, sacrílegos. Al fuego». Continúa la tradición dando cuenta de que solo se salvaron los escritos de Aristóteles.

Pero volviendo a terreno más seguro, lo cierto es que habitualmente los editores y comentaristas insisten en decir que el estilo de Aristóteles es deslavazado, poco refinado, descuidado; y que a veces se percibe la impresión

5. La edición de Emmanuel Bekker apareció en 1831 (*Aristotelis Opera*, vols. I-II) y desde entonces los editores posteriores tomaron el formato de paginación de dicha edición, formato que aún seguimos usando para citar cualquier pasaje aristotélico. Por ejemplo, al tratado *Sobre el alma* le corresponden las páginas 402-435 de la paginación de Bekker.

de que sus frases están entrecortadas, y otras veces duplicadas. También es cierto, sin embargo, que en muchos otros pasajes el estilo fluye con soltura y hasta elegancia, y aparece adornado con metáforas y símiles de especial gusto literario. Y aquí es donde intervienen dos términos esenciales que nos ayudarán a comprender algo de esta situación: escritos «exotéricos» y escritos «esotéricos». Los llamados escritos exotéricos son aquellos que fueron compuestos y redactados para destinarlos a un público general (al famoso «lector culto» del que antes hemos hablado). En ellos apenas aparecen discusiones o argumentaciones demasiado técnicas, y su estilo es sin duda bastante aceptable y cuidado. Mas he aquí que estos escritos desaparecieron ya en la Antigüedad (aunque parece ser que todavía Cicerón pudo consultar algunos) y de ellos no conservamos más que unos magros fragmentos transmitidos a través de otras fuentes indirectas y secundarias. De otro lado, están los escritos esotéricos destinados al uso escolar de sus discípulos y de otros filósofos, que no se concibieron para ser editados ni publicados, sino para servir como materiales de trabajo sin pretensiones literarias, por lo que incluso a veces resultan algo áridos. En ellos apenas encontramos ilustraciones, y también pocas concesiones al arte del bien escribir. Son estos escritos esotéricos (también llamados acroamáticos) precisamente los que constituyen la colección de textos que han llegado hasta nosotros bajo la rúbrica de Aristóteles. Cual si fueran notas de clase que un profesor redacta en plan informal para, en base a ellos, exponerlos ante sus alumnos. Esto explicaría sin duda que encontremos con cierta frecuencia contradicciones, fra-

ses incompletas, añadidos o matizaciones de diversa naturaleza, pues se trataría de una especie de «apuntes del profesor». Tal es la experiencia de cualquier lector moderno que abre unas páginas de la *Ética a Nicómaco*, o de la *Metafísica*, y, por supuesto, es lo que encontrará en algunos pasajes de *Sobre el alma*⁶.

Sobre el alma

La obrita que presentamos, *Sobre el alma*, pertenece a la primera etapa de producción de Aristóteles y suele agruparse dentro de un conjunto temático sobre «psicología», término sobre el que, para evitar ambigüedades y anacronismos modernos, hemos de formular alguna precisión. En realidad, Aristóteles no pudo ser un psicólogo en términos actuales, y su objetivo al componer este tratado no fue otro que describir y analizar cuáles son las actividades más propias y características de los seres vivos o animados, mientras que la psicología moderna se interesa primordialmente por los procesos de consciencia, la conducta y los procesos mentales del individuo, desde perspectivas diversas y complejas, incluyendo las posibles terapias necesarias. De modo que se comprenderá que las teorías sobre la existencia, la naturaleza y las

6. A propósito de la transmisión manuscrita del *De anima*, pueden leerse con provecho las páginas 1-7 de la edición de Ross, 1961; además de Jannone, 1966, XXIV-XLIV y Nussbaum, 1995, 1-2. Conservamos 16 manuscritos que transmiten total o parcialmente el texto de esta obra con las inevitables variantes (que a su vez sustentan posibles interpretaciones divergentes del texto).

facultades del alma que Aristóteles aborda (que incluyen por supuesto la percepción, la memoria, las creencias, la capacidad intelectual y el deseo) son, como mucho, preliminares y tal vez en algún caso seminales respecto de la moderna psicología.

El tratado *Sobre el alma* se nos ha transmitido en formato de tres libros, de breve extensión, de los cuales el I está dedicado a exponer diversas cuestiones generales y analizar algunos precedentes, antes de abordar problemas concretos, y actúa como prolegómeno para los libros II y III. Se abre así este libro primero con una justificación del propio autor acerca de por qué ha compuesto esta obra y por qué tiene interés abordar el estudio y análisis del alma. Partiendo de la afirmación de que todo conocimiento es bello y valioso, propone comenzar su investigación preguntándose por cuál es la naturaleza y la esencia del alma, para a continuación examinar cuáles han de ser sus principales atributos. ¿Qué es el alma –se pregunta–: una sustancia, una cualidad, una cantidad? ¿Tiene o no partes el alma? Volviendo atrás la mirada hacia sus predecesores (Demócrito, Leucipo, los pitagóricos, Anaxágoras, Empédocles, Platón, Heráclito, Alcmeón, Critias... *e tutti quanti*), tras refutarlos y plantearles objeciones puntuales, nos recuerda que los tres atributos esenciales del alma son: el movimiento, la sensación y la incorporeidad. Tentativamente va avanzando en sus planteamientos, debate y matiza sus propias reflexiones, dando pasos adelante y atrás antes de perfilar una definición comprensiva y asumible de qué sea el alma: ¿causa del movimiento?, ¿está compuesta de partículas?, ¿compuesta de elementos?, ¿se mueve o es

inmóvil el alma?, ¿será el alma una armonía de contrarios?, ¿perece el alma? Concluye así los primeros escarceos programáticos del libro I.

Al comienzo del libro II, Aristóteles extiende su campo de interés para conocer cuál es la naturaleza propia de los seres vivos:

Afirmamos, en efecto, que hay una realidad en los seres vivos a la que llamamos sustancia, que a su vez dividimos en tres: la materia, que en sí misma no es una cosa individual; en segundo lugar, la forma o aspecto (μορφήν καὶ εἶδος), que es la cualidad que lo individualiza; y una tercera, que es la combinación de las dos anteriores (II 412a 6-9).

Comprometiendo una definición satisfactoria de en qué consiste el alma, Aristóteles nos avanza hasta tres definiciones; la primera:

De modo que hemos de admitir necesariamente que el alma es sustancia, en tanto que es la forma de un cuerpo natural que en potencia posee vida (412a 20-21).

Unas líneas más adelante (412a 27-28) vuelve a matizar:

De modo que hemos de admitir necesariamente que el alma es sustancia, en tanto que es la forma de un cuerpo natural que en potencia posee vida.

Y finalmente, con nuevas matizaciones, nos ofrece su tercera definición:

Así que si hay que dar una definición común que se aplique a cualquier alma, diríamos que se trata de la «primera actualidad de un cuerpo natural que posee órganos» (412 b5-6).

Así es como Aristóteles avanza su interpretación de que alma y cuerpo se relacionan entre sí basándose en una distinción sumamente atractiva, distinguiendo entre los conceptos de forma y materia, entendiendo por forma el acto de cualquier cuerpo, y considerando que la materia es una simple potencia. De suerte que el alma es «el acto primero de un cuerpo vivo». Y afirma:

Así que ya no tenemos que preguntarnos si alma y cuerpo son una sola realidad, al igual que tampoco nos preguntamos si son una realidad la cera y la forma que recibe, ni si en general son una sola realidad la materia de una cosa y aquello de lo que es materia. Pues al admitir que los términos unidad y ser se predicán en diversos sentidos, el sentido predominante es la actualidad⁷.

Un nuevo asunto que atrae la atención de nuestro autor en su largo deambular por este laberinto de ideas es llegar al convencimiento de que resulta absurdo lograr una definición general de lo que sea el alma, de modo que opta primero por plantear cómo funcionan los distintos organismos vivos, sean plantas o animales.

Retomando, pues, desde el principio nuestra investigación, distinguimos lo que posee alma de lo que no gracias a que lo

7. II 412b6-9 y 414a19-28.